

EL PRÓLOGO DE UNA BATALLA

El cortijo de Rubiales, situado como á media legua de Andújar, era tenido como el mejor y más productivo de todo el término. Sus extensos y bien cuidados olivares aparecían alineados sobre la feraz campiña, como macetonés de albahaca, y sus sembrados se consideraban los mejores del país.

Labraba esta finca, hacía muchos años, el tío Frasco, el Cermeno, picador y garrochista en su tiempo, hombre duro, de mirada fija y altiva, cuyo tipo constituía el verdadero del andaluz de nuestros campos, alegre y sencillo como unas castañuelas, enamorado de un buen caballo, entusiasta del pálido vinillo de la tierra y del gazpacho, y muy amigo de reunir en las noches de verano á sus conocidos, y, bajo el emparrado que adornaba la puerta del cortijo, organizar una de esas fiestas típicas y clásicas de Andalucía, donde la melancólica guitarra preludia sus arábigos tonos y las parejas mueven indolentemente sus cuerpos á compás de la copla lanzada al aire, ora con el apasionado acento del amor, ora con el

grito de venganza, ó el lamento del sentimiento, mientras la luna hace prodigiosos efectos de sombra y los grillos entonan sus mejores piezas de concierto.

El tío Frasco se conservaba muy bien, á pesar de sus 65 años cumplidos; sus patillas grises sombreaban un rostro curtido y sano, y su ágil y anguloso cuerpo, aún no inclinado hacia la tierra, tenía vigor para saltar un caballo como el mejor desbravador de Córdoba, ó para ponerse al frente de sus trabajadores y, bajo el ardiente sol andaluz, dirigir las operaciones de la siega, animando y haciendo reír á carcajadas á los sencillos segadores con sus intencionados y picantes chascarrillos.

Contrastaba notablemente con este tipo el de su hija Rosario. Todo cuanto el padre tenía de duro, fuerte y animoso, era en ella débil, sensible y delicado. Rosario era una hija del Támesis nacida en las orillas del Guadalquivir.

Rubia cual las espigas de sus campos, azules sus ojos como el cielo



LA OBEJA DESCARRIADA — Cuadro de MANUEL LÓPEZ DE AYALA.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

andaluz, y con un talle esbelto y cimbreante, era la antítesis de su padre, de tal modo, que parecía imposible que aquella mujer ó, mejor dicho, aquella niña soñadora y tímida, viviese en el campo, entre labriegos, y que sus menudos pies sólo pisaran los desiguales pedruscos de la era, ó los terrones de la campiña de Andújar.

Viudo hacía diez años, el labrador de Rubiales había concentrado todo su cariño en su hija, á la que mimaba y vigilaba, como si abrigase el temor de que el aire la transportara con sus invisibles alas fuera del cortijo.

Corría el mes de Julio de 1808. La fatal jornada de Riosoco había repercutido dolorosamente en toda España, y en la región del Mediodía se aprestaban nuestros bravos á tomar la revancha.

El general Castaños, á cuyo mando se habían puesto todas las fuerzas de Andalucía, logró reunir un ejército de 25,000 infantes y 2,000 caballos, con las partidas volantes que acaudillaba don Juan de la Cruz. El día 11 de Julio, se celebró Consejo en Porcuna, asistiendo los jefes de las divisiones, que lo eran, Reding, suizo al servicio de España; el Marqués de Coupigny, antiguo oficial de guardias waloñas; don Félix Jones, y el jefe de la reserva, don Manuel de la Peña. Allí quedó acordado el plan de la gloriosa batalla de Bailén, que consistía en que Reding cruzaría el Guadalquivir por Mengibar, dirigiéndose sobre Bailén, sosteniéndose Cou-

pigny, que debería pasar el río por Villanueva, y que, entretanto, Castaños, con la 3.ª división y la reserva, atacaría de frente á Dupont en Andújar, mientras Cruz, con las tropas ligeras, pasaría el puente de Marmolejo para caer sobre la derecha del enemigo.

El general francés Dupont, reforzado con las tropas de Vedel, Ligier-Belair y Gobert, permaneció acantonado en Andújar.

El tío Frasco había salido al anochecer á vigilar el riego de unos terrenos; los malces estaban secos, aquella noche tocaba el agua, y marchó tranquilamente, dejando encomendada la vigilancia de la heredad á Antonio, el viejo capataz y el más fiel entre todos los del cortijo; el agua tardó en llegar más de lo acostumbrado, y el tío Cermeno emprendió el regreso, calculando, por las estrellas y el caminito de Santiago, que hacía mucho rato había pasado la media noche.

El cortijo de Rubiales habíase convertido, en el entretanto, en puesto avanzado de los franceses. Un pelotón de soldados vivaqueaban en la puerta, bajo el frondoso emparrado. Las bromas y las chanzonetas circulaban de boca en boca, y sus intencionadas miradas, dirigidas hacia las ventanas del cortijo, denotaban que algo ocurría allí dentro que les llamaba poderosamente la atención. El infeliz Antonio, amarrado fuertemente á un olivo, presenciaba lleno de estupor esta escena.

Hacía unas dos horas que aquella fuerza había sorprendido á los moradores de Rubiales; los mozos de labranza huyeron con las mujeres; el fiel Antonio, que intentó resistirse, había sido reducido á la impotencia, y Rosario, la bella hija del tío Frasco, sufrió un desmayo, y el pobre viejo recordaba con espanto haberla visto desaparecer en los brazos del oficial que mandaba la fuerza francesa, por el ancho portalón del cortijo.

El tío Cermeno había visto á lo lejos brillar las armas de los franceses. Comprendiendo lo que pasaba, corrió á campo traviesa, dió la vuelta al cortijo, saltó la corralera y entró en la casa, trémulo por la ansiedad y el espanto. Un hombre, en el que reconoció el uniforme de los jefes del ejército enemigo, bajaba la escalera; ocultóse en la sombra el cortijero y después subió anhelante. Un horroroso espectáculo le hizo enmudecer y quedar inmóvil. Su hija, la preciosa y gentil Rosario, el encanto de su ancianidad, pendía mal envuelta en sus ropas de una viga que cruzaba la estancia, y el aire de la noche hacía balancear horriblemente su delicado cuerpo.

Rosario no había querido sobrevivir á su deshonra.

Feroz escena desarrollábase pocos momentos después en el ancho corralón del cortijo de Rubiales.

Dos hombres se encontraban frente á frente, armados de la terrible faca, cuchillo peculiar de los andaluces y la gente de campo. Uno de ellos es el tío Frasco, que desea matar al violador y causante de la muerte de su hija, pero que, noble y leal, quiere hacerlo cara á cara; el otro es un joven oficial del ejército francés que, avergonzado de su crimen, acepta lleno de remordimientos aquel desafío singular. La luna alumbraba el cuadro y da de lleno en el enérgico rostro del tío Cermeno, cuyos ojos lanzan chispas siniestras, mientras sus crispadas manos denotan la ira que inunda su alma lacerada y dolorida. Empieza el extraño duelo; los combatientes no cuidan de cubrirse y sólo desean concluir pronto. El labrador avanza decidido y alarga el brazo. El oficial francés, herido en medio del pecho, cae de espaldas; la sangre mancha su uniforme y va enrojeciendo la tierra. Sus ojos giran violentamente, sus labios balbucean algunas frases y queda inmóvil. Rosario estaba vengada.

Empieza el amanecer del memorable 19 de Julio de 1808. Las avanzadas francesa y espa-



LABORES DEL LINO (GALICIA). — Cuadro de M. TITO VÁZQUEZ.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.



MANIOBRAS MILITARES — Cuadro de F. RAFAEL SEGURA.

175

(Última Exposición general de Bellas Artes).

ALBERTO PLA Y RUBIO



Boceto del cuadro «LA GUERRA I»

Premiado con medalla de oro en las Exposiciones de Madrid (1895) y Munich (1901).